

EL DILUVIO

10 CENT.

LA MODA PRIMAVERA 1906



Hechura, forma y clase de vestido
que tienes que gastar,
si es que quieres pasar
por elegante, «chic» y distinguido.



FANTASÍA LITERARIA

POR JILL WEE

Indudablemente la manía de escribir trae origen de una muy disculpable vanidad que se remonta á nuestro predecesor cuaternario

En todas las épocas, el animal humano ha tenido necesidad de expresar sus ideas, bien fuese grabándolas en la piedra, bien trasladándolas al papel para difundirlas y eternizarlas á través del tiempo. La inmortalidad que esperábamos de la brownsequardina se ostenta así, gloriosa y bella, en los objetos materiales menos dignos de elogio

Al principio escribieron los sacerdotes y las sibilas... y ahora la literatura pertenece á todo el mundo.

Lerroux y Valentí Camp publican artículos y libros, y la irónica seriedad del Destino pone estas producciones al lado de las más celebradas, de

Marruecos



Cuerpo de Guardia.

Spir, Enrique Ferri, Massingham y otros paladines de la inteligencia moderna.

Todos son iguales. Todos se parecen infinitamente unos á otros, y la misma pluma de oro que brilla entre los dedos de Junoy sirvió al maravilloso Enrique Heine para trazar su *Tambourmajor* y sus *Reisebilder*.

La nivelacion de las cabezas alcanzó en este tiempo su expresion perfecta. Una maritornés puede ofrecer al Universo un poema deslumbrador y hermoso como los manifiestos de la Union Republicana.

El arte de escribir ha perdido su grandeza y su peculiar forma hierática. A los autores de inscripciones sagradas ha sucedido la poética plebe de los periódicos. Hoy los más humildes—y hasta los electores—podrían formar con sus propios libros una colosal biblioteca, y está próximo el día en que, por un lógico *Burnt by order*, será preciso quemar todas las obras... excepto las del blason y la cocina.

Se ha multiplicado prodigiosamente el número de artistas, á la vez que mengua la region de las ideas. ¡Todo el mundo escribe y Valentí Camp piensa por todos!

Si quereis devolver á la literatura su esplendor antiguo, pedid al gran Inconsciente el milagro de prohibir *El Progreso*, donde los revolucionarios de Lerroux van á esgrimir su arma más terrible—la pluma—, y haced todo lo imaginable para impedir que se lancen al campo los noveles oradores de los mitins futuros

Las palabras de estos sujetos, recogidas por el gramófono de la Prensa, darán lugar á nuevas lucubraciones en el papel, y entonces, para escapar al Vesubio de la grafomanía imperante, no tendréis más remedio que refugiarnos en el dominio de la Música y buscar en la escala de los sonidos—reino de lo abstracto inaccesible—algun alivio á vuestra pena. Pero yo dudo de que todas las artes juntas basten á libraros de la catástrofe en que perecerán los mundos cuando la libertad de escribir, tan ponderada, pase de la escuela filosófica de Valentí al yugo del obeso Roca y el brillante Iglesias, que representan la vulgaridad en el arte y el modo clásico de hacer las elecciones... ó perderlas



MIS CRIADAS

I.

Lector, si eres soltero, cástate, y si te casas no enviudes, y si enviudas no tomes jamás á nadie que te sirva. Yo he leído, no recuerdo dónde, que el hombre *superior* es el que menos necesita de los auxilios de sus semejantes, y que si alguien pudiera llegar á bastarse á sí solo *en todo*, éste sería el hombre *superiorísimo*. Pero por ahora hay que renunciar á este hermoso ideal, y yo confieso mi impotencia para escribir artículos y al mismo tiempo zurcirme los calcetines; no hay más remedio que sucumbir ante eso que se llama *criada*, verdugo inexorable de todos los que no hemos tenido dinero ni valor para apechugar con el *santo é indisoluble* vínculo del matrimonio.

Y para que nadie crea que me quejo de vicio contaré algo de mis cuitas domésticas.

II.

Mi primera criada fué una chica de Lérida alta y fornida como un trinquete; no había estado jamás en Barcelona, ni había servido nunca, pero me pidió cuatro duros al mes y me rogó que nadie supiera que servía á un *señor solo*. Llenó su cuarto de estampas y rosarios, y todos los días, al

ir á la compra, se oía un par de misas en Belen. Se despepitaba por salir los domingos, y hoy rompo un plato, mañana una cazuela, al otro día dos copas, aquello era un terremoto con gran regocijo de los cacharrereros del distrito. Alardeaba de ser católica fervorosa y tenía su confesor *fijo* como cualquiera duquesa.

Una tarde, al volver yo á casa á hora des acostumbrada, me encontré en la cocina con un soldado de artillería y sobre una mesa restos de copiosa merienda.

—Es mi primo, señor — me dijo muy seria.

—Me alegro mucho; pero de aquí en adelante vaya usted á verle al cuartel.

Al día siguiente, al volver de la plaza, me dijo que se había enterado de que yo escribía *cosas* contra los curas en los *papeles* y que su confesor la mandaba que se fuera de casa.

Y se fué.

Vino á sustituirla una valenciana primorosamente vestida y peinada. No sabía hablar más que de Blasco Ibañez y de música; tenía la pretension de ser una contralto excelente, y no había día que al ponerse á fregar no me dijera:

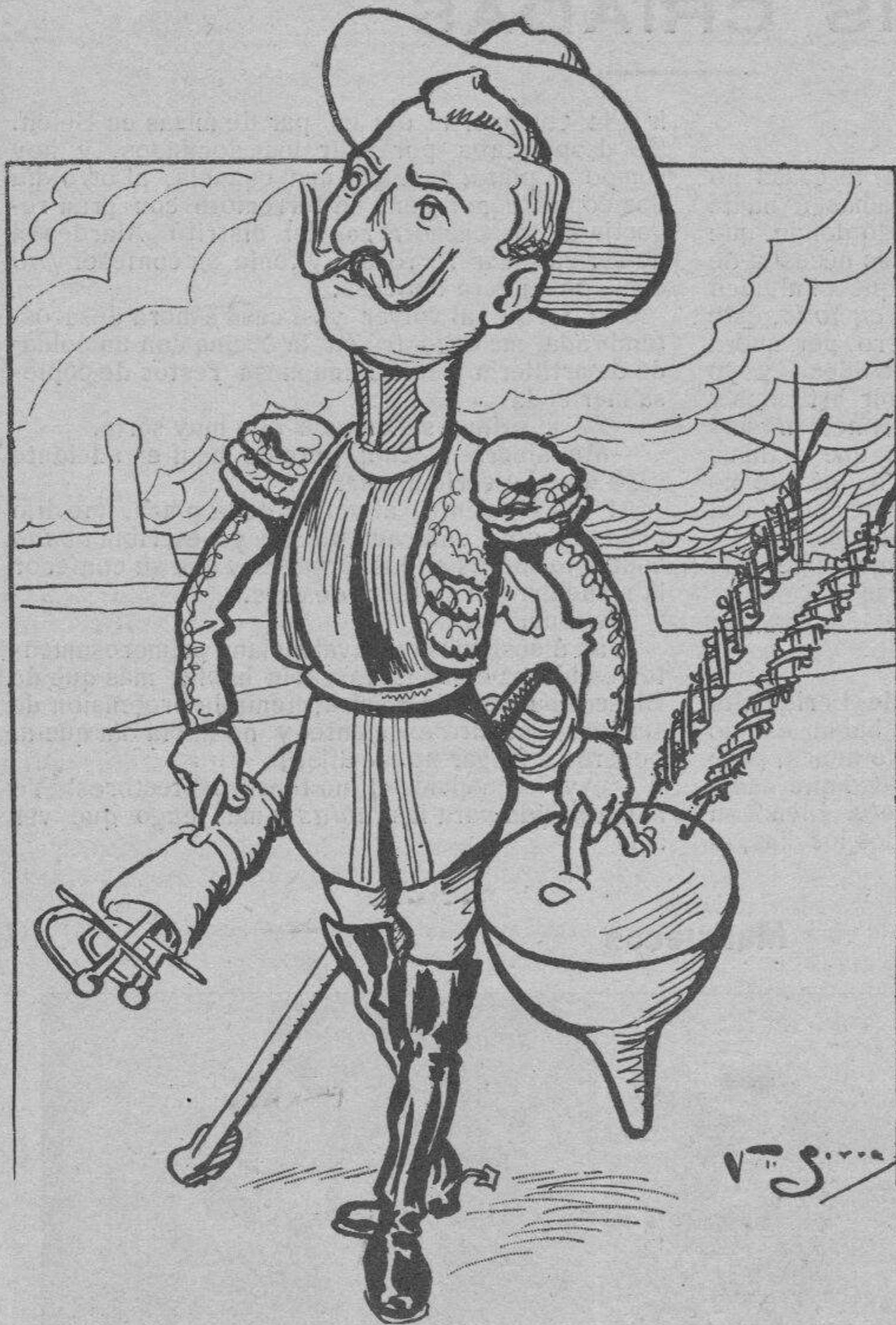
—¡Ay, lo que hace el no tener protectores! Yo había nacido para las *tablas* y me tengo que ver así.

Marruecos



La plaza del Mercado en Tánger.—Oficial de caballería marroquí.—La casa de un español.
Edificios de correos y farmacia inglesa.

Guillermo en España



Acostumbrado á llevar para cada caso un traje, ahora, que aquí va á llegar, éste será su equipaje.

Y para consolarse de su destino abría la válvula de su repertorio en *género chico* y me espetaba cincuenta ó sesenta veces aquello de

¡Ay, rábano, rábano, rábano,
rabanito de mi amor,
de todos los rabanitos
el picante es lo mejor!

No tenía más remedio que coger el sombrero y salir bufando á la calle. Acabé por enviarla al... *rábano*. Cuando la despedí encontré dentro de un rollo de papel de música una botella de aguardiente.

Sin duda sería para graduar las escalas. Mi portera se encargó de buscar sustituto á la *filarmónica*.

—He encontrado una chica muy á propósito para usted. Es una señorita que ha venido á *menos*, pero muy bien educada y muy fina.

—Que venga; veremos.

Y vino; era una joven rubia, pálida, vestía de luto,

huérfana en *absoluto*, natural de Villanueva, hablaba muy poco y tenía siempre en los labios un gesto desdeñoso. Siempre me la encontraba leyendo, y á lo mejor me volvía loco buscando un libro en mi estantería y me lo encontraba en la despensa entre la olla de la manteca y los chorizos de Extremadura. Devoraba todos mis periódicos; compraba un libro nuevo, lo dejaba sobre la mesa, y cuando volvía á casa ya estaban las hojas cortadas y hecho el juicio crítico de la obra, porque mi criada solía decirme:

— Ese autor es poco profundo.

Otras veces:

— Tiene un estilo brillante, pero carece de ideas.

Entretanto mi casa era un campo de Agramante: el polvo cubría los suelos, las telarañas los rincones y los escarabajos extendían sus dominios.

Cierta mañana, al servirme el almuerzo, me dijo:

— Ayer tuve una disputa; ¿no es verdad, señorito, que Lamartine tiene más ternura y delicadeza de pensamientos que Víctor Hugo?...

Tentado estuve á romperle un plato en la cabeza; pero me limité á darle la cuenta.

Cuando se fué le dijo á la portera:

— ¿Y dice usted que el señor del tercero es *escritor*? Pues ha de saber usted que dice que le revienta Molière...

III.

Libre de la literata en rústica, estoy ahora bajo las garras de una coleccionista, y lo malo es que, aunque me crisper los nervios, es tan limpia, económica y trabajadora que no sé á dónde agarrarme para despedirla.

Tiene esta chica, que es mallorquina, la manía de coleccionar postales, y todos los días envía y recibe dos ó tres docenas

de estas cartulinas, porque es de las que *cambian*.

Todos los días, cuando viene el cartero, ya sé la canción:

— Señorita Josefa Rogell: *veinte postales*.

Tengo la seguridad que esta mujer se gasta al mes en postales más que muchas familias en comer. Yo no sé de dónde saldrán los cuartos. En su habitación tiene un armario donde guarda álbumes y las series de postales por asuntos y países. El día que se marche necesitará una conductora.

Dime, lector, si no tengo razón para lamentarme de las criadas, sobre todo ahora que estoy expuesto á sucumbir bajo una inundación de postales.

¡Y aun se atrevieron á cantar en aquella zarzuela

¡Pobre chica

la que tiene que servir!

¡Más valiera

que se llegara á morir...!

FRAY GERUNDIO.

¡QUÉ SE LE VA A HACER!

¿De manera que ahora sales con que me condeno? ¡Bueno! Si son pecados mortales los pecados capitales... pues claro que me condeno.

Honra, gloria, fama, honores tienen necios presumidos que pasan por los mejores, porque son unos señores estúpidos y atrevidos.

Sé que valgo mucho más que alguno que va muy tieso y nunca voy de él detrás. Si es que la soberbia es eso, ¡que me lleve Satanás!

Por salir de la pobreza luché y combato con bríos, con empuje, con fiereza, y querría la riqueza para mí y para los míos.

No descanso, no reposo. Con ansiedad, con codicia,

trabajo febril, ansioso. ¿Es que es esa la avaricia? Pues soy un avaricioso.

Si á mi lado palpitar siento su pecho turgente, si me llego á marear al notar su aliento ardiente, ¿es que no la he de besar...?

Porque hacia ella sienta amor vehemente y apasionado, ¿he delinquido? ¿he pecado? Pues entonces, sí, señor, ¡ya debo estar condenado!

Cuando veo que triunfantes me desprecian orgullosos estúpidos vanidosos que me suplicaron antes de llegar á poderosos,

¿no he de convertirme en fiera, ni he de maldecir al mundo que, estúpido, así tolera que llegue arriba un cualquiera,

sin protestar iracundo?

Y si solo ha de valer mi cruel lucha por la vida para á diario poder costearme la comida, ¿tambien pecaré al comer?

Déjame en paz y, celoso, no hables de mi salvacion, pues al ver á un poderoso dime si tengo razon para sentirme envidioso.

Y si, harto ya de luchar, la fuerza á faltarme empieza, al fin me habré de entregar, cansado de trabajar, en brazos de la pereza.

¿Y despues de eso me sales con que me condeno...? ¡Bueno! Si son pecados mortales los pecados capitales, ¡claro está que me condeno!

M. JIMENEZ MOYA.

FELICIDAD

Era tan bella, tan arrogante, tan provocativa, la había codiciado tanto, que cuando la primera claridad del alba iluminó las rendijas de los balcones aun estaba Pepe de Alde-

mar contemplando absorto, despues de una noche de amor y de locura, aquel cuerpo de diosa, aquel seno blanquísimo turgente; aquella tez morena ligeramente coloreada; aquellos labios rojos y carnosos; aquellos ojazos negros; aquella brillante, abundosa, negrísima cabellera, que coronaba gallardamente el cuerpo escultural de Susanita, la *cocotte* más elegante y codiciada de Madrid.

—Adios, Nitita—dijo, besándola en los ojos—; mañana con las flores recibirás el palco.

—Adios, muñequito feo—contestó Susanita con gracioso mohín—; pero no olvides que ha de ser frente al tuyo, ¿lo oyes?; si no, tu Nitita se quedará en casa y sus ojitos llorarán, ¿oyes?...

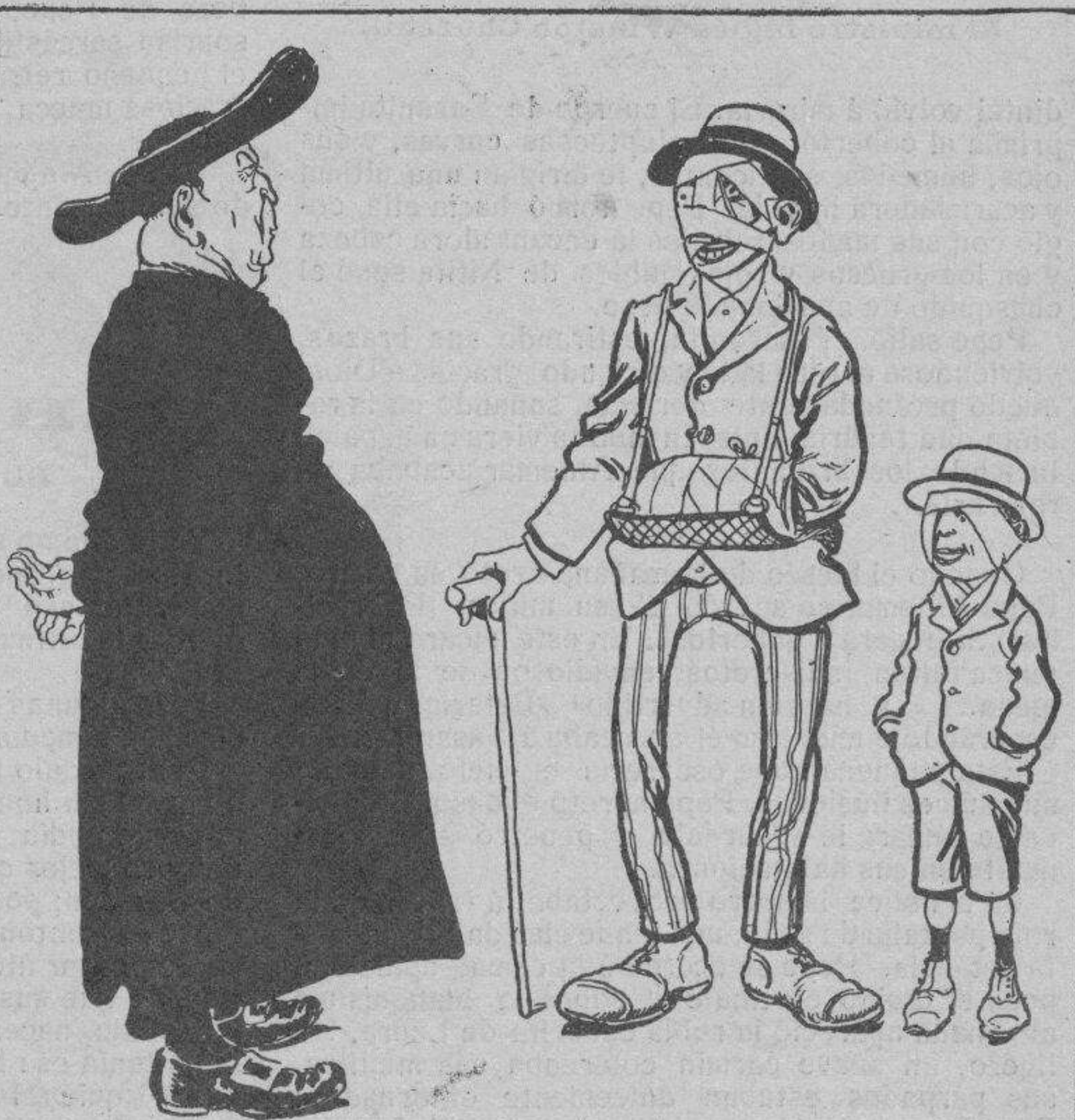
—No, cielito, no; esos ojos tan lindos no quiero que lloren. Mira, Nitita, si no encuentro el palco, yo tampoco iré al teatro y tu muñequito vendrá á hacerte compañía.

—¡Ah, pillito! ¿Vas á ser capaz de no buscar el palco para estarte aquí, eh? Pues oye: como no mandes el palco, no te acerques, viejo feo, porque ¡menudos van á ser los arañazos!... Conque, anda, anda, no te descuides.

Y Susanita se acurrucó de nuevo entre las sábanas

Pepe abrió la puerta de la alcoba y desde el

Recuerdos



—¿Han tenido ustedes el sarampion?

—Cá, no señor; es que como somos tan católicos celebramos la resurreccion de Cristo con todas las de la ley. A mí me gustan esas fiestas porque nos divertimos mucho.



El ministro inglés Winston Churchill.

dintel volvió á mirarla. El cuerpo de Susanita imprimía al cobertor sus voluptuosas curvas, y sus ojos, húmedos, suplicantes, le dirigían una última y acariciadora mirada. Pepe tornó hacia ella, cogió con sus manos febriles la encantadora cabeza y en los gruesos y rojos labios de Nitita sonó el chasquido de apasionado beso.

Pepe salió. Y Susanita, estirando sus brazos, volviéndose al otro lado y diciendo ¡gracias á Dios! quedó profundamente dormida, soñando en la rabietta que tendría Luis cuando la viera en el palco luciendo los brillantes que Aldemar acababa de regalarla...

Cuando el fresco de la mañana azotó su rostro, Pepe Aldemar se acordó de su mujer. ¡Pobrecilla! ¡Si llegara á saberlo!... En este pícaro mundo nunca faltan indiscretos, envidiosos de la dicha ajena. ¿La habrían advertido? ¿Estaría, quizás, esperándole mientras él abrazaba á Susanita?...

Esta pequeña nube oscurecía el cielo azul de sus dulces ilusiones. Pepe apretó el paso. Su ayuda de cámara le aguardaba y penetró silenciosamente en sus habitaciones.

La artística lámpara proyectaba, á través de la roja pantalla de seda, una tenue claridad en la vasta estancia. Pepe se acercó á la cama, apartó un poco el tupido cortinaje y sobre la blanquísima almohada apareció la rubia cabecita de Laura. Un ligero, un suave carmin coloreaba sus mejillas, sus párpados estaban dulcemente entornados; Pepe la contempló unos instantes y respiró satisfecho.

No, no se había apercibido de nada. No dudaba de él. ¡Pobrecita! ¡Qué inocente, qué buena era! Sus palabras, sus juramentos, siempre habían sido

para ella el Evangelio. ¡Le amaba tanto! .. Y Pepe recordaba lo suave, lo complaciente, lo sumisa que era Laura; los solícitos cuidados con que rodeaba su existencia, los mimos que le prodigaba... ¡Pobrecita! Era muy buena, pero demasiado inocente, demasiado cándida; sus caricias, sus mimos, sus atenciones, eran delicados, pero fríos. No, ella le amaba, pero á su manera; no sabía, no podía amar como él deseaba.

Susana, sí; ¡qué hermosa, qué ardiente era! .. La verdad es que nunca había sido tan feliz. Sus caballos, sus trenes, su casa, eran de lo mejor que había en Madrid. Su querida, la bella, la codiciada Susana, le amaba con pasión..

Pepe se acostó. Y antes de dormirse miró de nuevo á Laura.

Aquella mujer, también hermosa, por quien tantos habían suspirado, no amaba más que á él, ciegamente, sin dudas, sin sospechas. Y mirándola, sonrióse levemente; ¡pobrecilla! si supieras!...

Y el afortunado, el dichoso Pepe de Aldemar, se durmió tranquilamente, soñando con la envidia que todo Madrid le tendría viéndole amado por aquellas dos mujeres tan distintas, tan hermosas, que eran para él, para él solo...

Un sonoro, un prosaico ronquido, coronó el sueño de Pepe. Laura abrió enseguida sus ojos azules, apoyó el brazo en la almohada, y, sacando fuera su delicado busto, contempló á su marido, durmiendo panza arriba, con su boca abierta, el rostro congestionado... Laura saltó ligera de la cama, abrió cautelosamente el precioso *secretaire*, y sacando un pequeño retrato lo colocó sobre la cabeza de Pepe, casi rozando su cabello... Una sonrisa sarcástica iluminó su rostro. Laura besó el pequeño retrato y, haciendo á su marido una graciosa mueca de pilluelo, se escurrió entre las sábanas.

Y Pepe Aldemar dormía tranquilo, feliz, roncando sonoramente...

CARLOS JORDANA.

ZARANDAJAS

EL PILLO DE GORKI

Ya lo dijo no sé quién, y tenía razón para decirlo: No hay grande hombre para su ayuda de cámara. Por eso yo creo que no deben los *lacayos* ejercer la crítica; porque no quedaría un hombre grande.

Pero algunas veces la ejercen y las consecuencias son inmediatas. Que lo diga Gorki.

El escándalo ha sido monumental. ¿Dónde se va á parar? Un hombre nacido en el arroyo y en él educado podía, ciertamente, permitirse el escribir un poco mejor que cualquier ex-alumno del Sagrado Corazón; podía á fuerza de puños abrirse paso entre el monton de la turba ignara; podía, en fuerza de pensar alto, sentir hondo y hablar claro, llegar á que sus palabras tuvieran eco; podía, sí que podía, hacer Arte y que se le admirase; pero si no tenía esa bula que se llama talonario de cheques, ¿quién le metía á cometer ciertos pecados...?

Todavía no es más que un gran escritor. ¡Si fuese, al menos, rey de los belgas...! Nada, que un escritor, por grande que sea su mérito, no puede presentar como *propia* á una señora, si el

título de propiedad no está sancionado en regla por la firma del juez y la bendición del cura.

Por algo hay clases. Y la virtud, como el famoso bando de cierto alcalde de Alcañiz, es obligatoria... «según quien sea».

Los dignos ciudadanos de Nueva York, en la *libre América*, han decidido negar el agua y el fuego al gran novelista ruso, por haberse presentado á ellos con una mujer que no era legalmente la suya.

Y las más indignadas y ofendidas han sido las ciudadanas neoyorkinas. Es lo que habrán dicho: ¡Traer á esa donde estamos nosotras!

Decididamente

«cualquier tiempo pasado
fué mejor»,

y habrá que echar muy de menos aquellos de terrible intransigencia en que le era tolerado al *fenix de los ingenios* tener hijos naturales, á pesar de sus hábitos talares, y tal vez por ellos. Entonces el mérito de los escritos no se velaba por la vida del escritor, ni la admiración al literato era amenguada por las claudicaciones del hombre.

Todo estaba, por los pasados tiempos, arreglado con esta jesuítica máxima: «Haz lo que digo y

no mires lo que hago», y podía uno dedicarse á predicar moral con muchísima elocuencia y con no menos comodidad á infringirla.

Claro es que si Gorki se hubiera alzado con la repleta caja de cualquier Banco, le hubiera sido posible en aquellos países lograr una honorabilidad bastante aceptable, porque al fin aportaba riqueza, elementos de producción; pero no estando dorada la píldora no han querido tragarla los que han tomado por buenas princesas averiadas y las que han aceptado como honoríficos los escudos con bandas de bastardía.

Ciertas cosas sólo pueden hacerse ó estando muy arriba, muy arriba, ó muy abajo. Cuando lo primero, se puede imponer el respeto á la vida privada; cuando lo segundo, porque á nadie importa que vivan como puedan... los que apenas viven.

Gorki ha cometido una tontería, y la ha pagado, dejándose llevar á los salones de los potentados de los que ahora se le cierran las puertas. En el albergue de los *exhombres* no le habrían preguntado el nombre de su compañera y le hubieran dado asunto para seguir escribiendo.

Aun cuando bien pudiera ocurrir que todo esto de la *pillada* de Gorki no fuera otra cosa que una

Reconstitucion del partido conservador



—¿Qué buscas con tanta insistencia?

—Monárquicos para engrosar las filas de microbios que acaudilla Benet y Colom.

página más del libelo con que se desacredita á los revolucionarios de todos los tiempos. El caso no sería el primero, ni será el último. Cuando los *lacayos* ejercen la crítica los hombres grandes desaparecen, porque nunca faltan papanatas que crean que las páginas de *Tomás Gordeieff* no pueden leerse si no han sido escritas «en gracia de Dios».

Es lo que habrán pensado los neoyorquinos: Ese Gorki no es tan excelente escritor como sus libros hacían creer. ¡Yan ven ustedes, ¡el muy pillito! venía acompañado de una actriz de segunda fila... ¡Si al menos se hubiera traído á la Cleo de Merode...!

JERÓNIMO PATUROT.
Escandalizado.

LA COLILLA

Serían como las cuatro de la madrugada; apenas clareaba; sólo allá por Oriente empezaba á blanquear el firmamento. Por Occidente aun brillaban las melancólicas estrellas sobre un fondo oscuro, cada vez más borroso y lejano.

La populosa ciudad dormía; sus calles estaban desiertas, mal alumbradas por la pálida y oscilante luz de los faroles. De vez en cuando oíase el acelerado taconeo de un transeunte, el acompasado rodar de los carros que cargados de legumbres se dirigían al mercado y la rápida carrera de algún coche de alquiler, cuyas ruedas, al resbalar veloces sobre el pavimento, producían un ruido seco y continuo, parecido al redoble interminable de un tambor.

Fatigado, pálido y ojeroso, con el sueño en los ojos y el bolsillo vacío, dirigíame á mi casa despues de una noche de orgía entre truhanes y prostitutas. Caminaba triste y pensativo, extenuado de cuerpo y espíritu, mientras el cerebro, excitado por el recuerdo persistente de sensaciones diversas, se complacía en atormentarme con extravagantes divagaciones.

Empezaba á cansarme de aquellas noches de orgía. ¡Siempre eran lo mismo! Jugadores de oficio que explotaban mi juvenil entusiasmo y mi inexperiencia limpiándome el bolsillo; infelices mujeres caídas en el vicio que, entre copa y copa de champagne ó manzanilla, ofrecíanme besos mercenarios, caricias interesadas, placer fingido, amor acanallado.

La fresca brisa matutina había calmado mi excitación nerviosa y despejado la cabeza de los enervantes y embrutecedores vapores del licor; solamente sentía, como recuerdo de desenfundada bacanal, amargo sabor en la boca y profundo dolor en las sienas. Caminaba aprisa, temeroso de que la luz del nuevo día me sorprendiera en la calle y deseando dar con mi dolorido cuerpo en la blanda cama.

ART. 9 La ciudad estará representada y será administrada, con sujeción á las disposiciones legales por su Ayuntamiento que, para el mejor despacho de los asuntos que le incumben, tendrá en su seno tres comisiones ordinarias denominadas de Hacienda, Gobernación y Fomento.

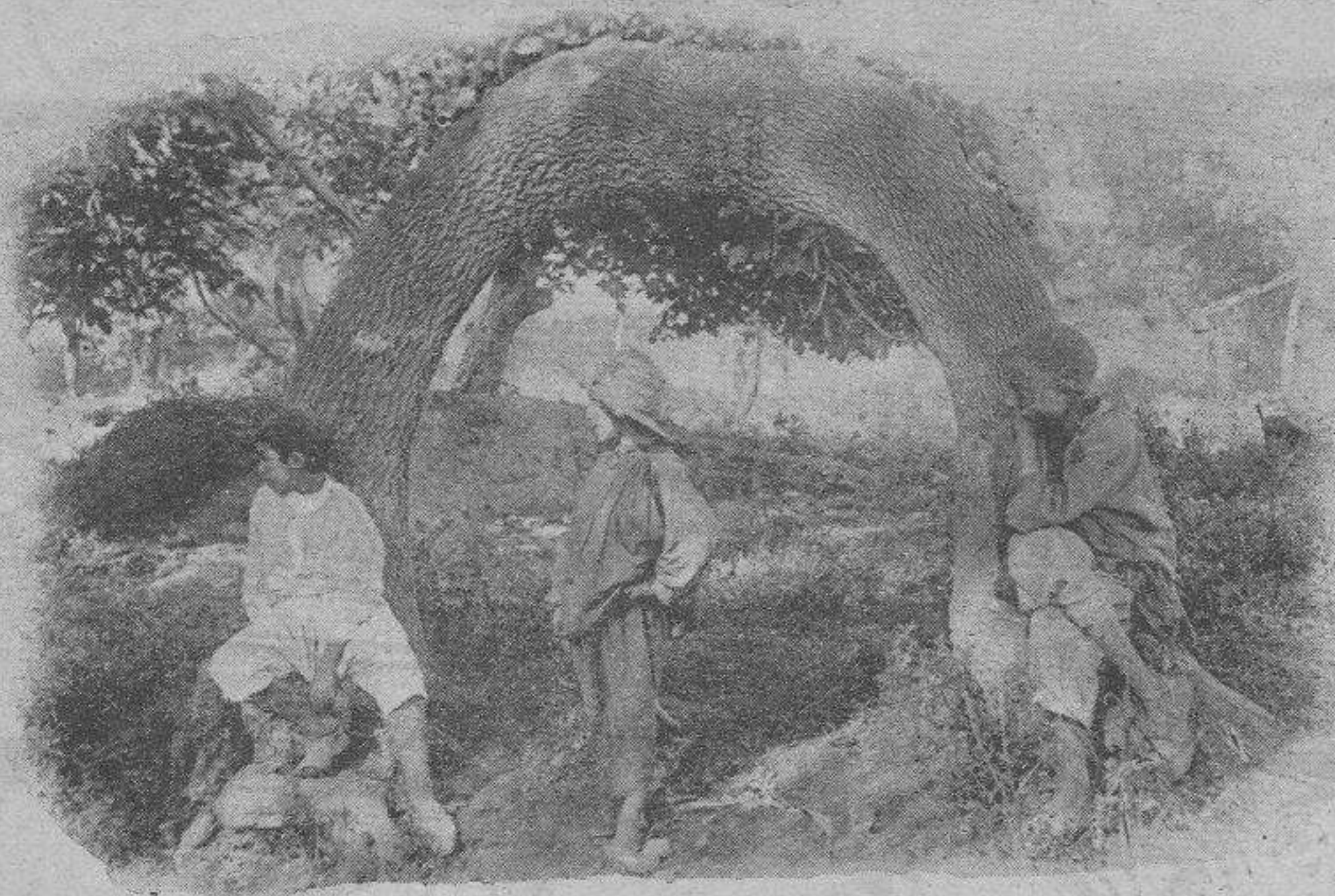
Abstraído en mis pensamientos caminaba maquinalmente, cuando vi venir hacia mí uno de esos seres que tanto abundan en las grandes ciudades, un miserable, un vencido en el eterno combate de la vida, uno de tantos infelices que el hambre y la miseria lanzan al arroyo en busca de limosna.

La extrema flaqueza y palidez de su rostro no daba lugar á duda; padecía de anemia por falta de nutrición, esa terrible enfermedad que devora la fuerza vital, empobrece la sangre y agota todas las energías; sufría del mal cruel con que premia la sociedad á los desheredados de la fortuna: ¡hambre!

Acercóse á mí lentamente y, con voz apagada y acento marcadamente extranjero, me dijo:
—Caballero, tengo hambre, dadme una limosna.
Maquinalmente llevé las manos á los bolsillos, no acordándome que había dejado hasta la última moneda en el verde tapete de la mesa de juego.

LAS ORDENANZAS MUNICIPALES





El Puente del Amor, en los alrededores de Bugia (Argelia).

Avergonzado y corrido, no sabía qué decirle para disculparme. Deseando no alargar tan angustiosa situación, dí un paso para marcharme, cuando me detuvo de nuevo la voz del extranjero.

—Dadme al menos eso—dijo mirándome con insistencia y señalando mi boca.

Estupefacto y admirado ante tan extraña petición, llevé la mano á mi boca, en la que tenía la apagada colilla de un tabaco. La cogí y se la alargué, y agarrándola él con gesto apresurado se la metió en la boca, huyendo luego sin mirarme, como avergonzado de su acción.

Al darme cabal cuenta de la extraña escena que acababa de pasar sentí profunda angustia en el corazón y un sentimiento de infinita piedad hacia aquel hombre invadió todo mi sér.

¡El infeliz hábame pedido la colilla para comerse!

ADRIAN DEL VALLE.

DIAS SOLEMNES

Hace una hora que he regresado del campo. He pasado un día delicioso, un verdadero día de Pascua. La campiña está en plena florecencia; los árboles, vestidos ya de verdes y frescas hojas, comienzan á llenarse de tiernos brotes; el sol, un hermoso sol de primavera, enviaba desde la altura quemadores y vivificantes rayos; la brisa era suave, tibia y perfumada.

Todo esto hubiera sido más que suficiente para inflamar la impresionable imaginación de un poeta; pero yo apenas he parado atención en el vigoroso y patético remozamiento de la Naturaleza, porque yo no había ido al campo á malgastar el tiempo en estériles lirismos, sino á comer lo mejor posible para celebrar la Pascua.

Al salir de casa tuve el cuidado de dejarme en ella el no liviano bagaje de mis continuas tristezas y de mis negruras infinitas, y gracias á esta precaución, que, por mi mala ventura, no está en mi mano tomar todos los días, he comido con excelente apetito, quizás con algun exceso, y he bebido bastante más de lo que tengo por hábito. ¡Oh! era un día señalado, un fausto día, en el que se han de perdonar los pecados de la gula á los que, acatando la tradición, se ahitan y se emborrachan, gozo-

so de poder recordar así el sublime misterio de la Resurrección del Humilde que quiso morir en afrentoso patíbulo, bebiendo hiel y vinagre.

Al anocheecer emprendí el regreso á la ciudad, mal que bien acomodado en un tranvía, donde con no pequeño trabajo logré un asiento entre un caballero gordiflon, con apariencias de sapo, y una mujer cincuentona que llevaba á su cuidado cuatro hermosas criaturas inquietas y parlanchinas.

A falta de mejor ocupación, fuí examinando una á una todas las caras de cuantos me acompañaban en aquella larga y molesta travesía. De esta detenida é impertinente inspec-

cion saqué el convencimiento de que toda aquella gente venía de comer bien. Todos tienen las caras congestionadas, pero no todos parecen estar alegres, y es que hay personas tan brutalmente taciturnas é insensibles que no se animan ni aun cuando comen. Engullen maquinalmente como bestias; las veréis que toman una indigestión, pero no pretendáis descubrir en sus labios una sonrisa.

Cuando acabo el examen visual me dedico á sorprender las conversaciones de mis vecinos. Esto es en mí un defecto tan feo como se quiera, pero del que no consigo corregirme. ¡Es tan divertido oír hablar á ciertas gentes!

El señor gordo que me oprime por la izquierda reconoce á un viejo amigo en un anciano valetudinario y temblon que va incómodo y estrujado, como yo, en el asiento frontero. Los dos amigos, que por extraña casualidad no se han reconocido hasta que ha hecho el cobrador el reparto de billetes, se saludan con cordialidad fingida, y luego, por hablar de algo, se comunican mutuamente cosas insignificantes: hablan del tiempo, de la animación que se ha notado en las afueras, de lo pésimamente alojados que vamos en aquel tranvía. Luego el caballero gordiflon ha dicho al viejecito enclenque que le encontraba hecho un pollo; piropo cruel á que ha correspondido el anciano moribundo con otra necia lisonja. Enseguida el gordo se ha puesto á referir minuciosamente cuanto ha hecho para celebrar la Pascua. ¡Ha comido como un buitre!

—Esta añade, señalando á una mujer que le acompaña, es una fiel guardadora de todas las tradiciones.

—Sí, sí, dice la mujer—, ya me viene de familia—. Las fiestas se han de celebrar como Dios manda. Para eso se han hecho.

—No es que sea santurrona—agrega luego el marido—; á lo mejor se pasa un mes entero sin entrar en una iglesia. Pero ¡amigo mío! que no intenten alejarla de las piadosas costumbres de nuestros antepasados. Antes se hundiría el mundo que faltar en nuestra casa un buen *tortell* por San Anton, las clásicas natillas el día de San José, la *mona* en tal día como hoy, el cordero en Pascua de Pentecostés, el pollo por Navidad, los *panellets* y las castañas...

No hay cosa más desagradable que oír hablar de comida cuando se tiene el estómago repleto; de ahí que yo dejara voluntariamente de oír aquella

inacabable relacion de manjares más ó menos sustanciosos que impone la tradicion en determinados días.

No interesándome ya ni la conversacion ni las cosas de la gente del tranvía, entreguéme por entero á mis locos pensamientos. Lo primero que se me ocurrió fué dar la razon en todo á aquel feliz matrimonio que había sabido hallar en las venerandas tradiciones una excelente manera de suavizar los rigores de la austera religion. ¡Así daba gusto ser católico!

En estas cavilaciones andaba, cuando se paró el tranvía en la plaza de Cataluña, límite de la excursion. La bajada de los viajeros se hizo trabajosa y lentamente. Ante el estribo se había formado; impidiendo nuestra salida, un compacto grupo de lisiados harapientos que con plañideras voces nos suplicaban una limosna, invocando, para mejor decidirnos, los nombres de distintos santos, cuya proteccion nos ofrecían formalmente á cambio de un *perro chico*. Aunque el precio era hartó exiguo, mis compañeros de viaje fueron bajando sin hacer aprecio alguno de aquel ventajoso trato. Los más se alejaron sin decir palabra; unos pocos dijeron entre dientes un *Dios le ampare, hermanito* ó un *otro día será*. El caballero gordiflon se me acercó hasta tocarme con los labios en el oído y me dijo sentenciosamente:

—No se puede uno fiar; yo no doy nunca limosna á estos vagos.

Y, probando que era hombre de palabra, pasó indiferente por entre los pordioseros.

Yo no suelo dar limosnas, porque tampoco me fio y por otras muchas cosas; pero hoy, al regresar del campo, me sentía satisfecho y generoso. Ya que yo había comido y bebido bien, era preciso hacer algo por los desdichados. Metí resueltamente la mano en uno de mis bolsillos y estuve hurgando en paciente búsqueda como cosa de un minuto, hasta que logré dar caza á un *perro chico*, que ofrecí con cierto orgullo al grupo de pordioseros. Veinte manos esqueléticas y desaseadas se

disputaron la presa, de la que al fin se hizo dueño un muchachote pelirojo, de muy simpático aspecto. Los otros pobres se revolviéron contra el afortunado muchacho, llamándole holgazan dos ó tres veces; el pelirojo se defendió calificando á los otros de sinvergüenzas y embusteros. Como es natural, yo no me paré á averiguar quiénes tenían razon; probablemente la tendrían todos.

Antes de regresar á mi casa di una vuelta por las Rambias para recrearme de nuevo contemplando el desfile de la gente que volvía del campo caminando trabajosamente.

Por fin, empiezo á aburrirme y resuelvo no ir á mi casa. En el camino encuentro una taberna... ¿en qué camino no se hallará una taberna? y entro en ella decidido.

Desde la puerta veo una cara conocida: la del pobre pelirojo que está en pie ante el mostrador trocando mi *perro chico* (yo supuse que era el mío), por una ponzoña de color rojizo que el cándido pordiosero bebe con afán, tomándolo por buen vino. Cuando acaba de beber se relame los labios y castañetea la lengua con visible satisfaccion.

Al verme parado ante él, contemplándole, entre indignado y compasivo me mira, hace un gesto y sale. El miserable no ha reconocido en mí á su generoso bienhechor. ¡Oh! decididamente la canalla es desagradecida. La conducta del mendigo enciende mi cólera é instintivamente doy un paso, resuelto á ir en su busca y obligarle á que me devuelva el *perro chico*... probablemente para be-bérmelo yo ..

Pero me detengo arrepentido, porque, pasado el primer arrebató, pienso más juiciosamente. ¿Quién sabe si ese hombre, á quien yo creo un borracho, es en realidad un abstemio como yo, que hoy bebe hasta perder la cabeza porque, por ser buen devoto, quiere celebrar la Resurreccion del Justo?

LUIS JULIAN ECHEGARAY.

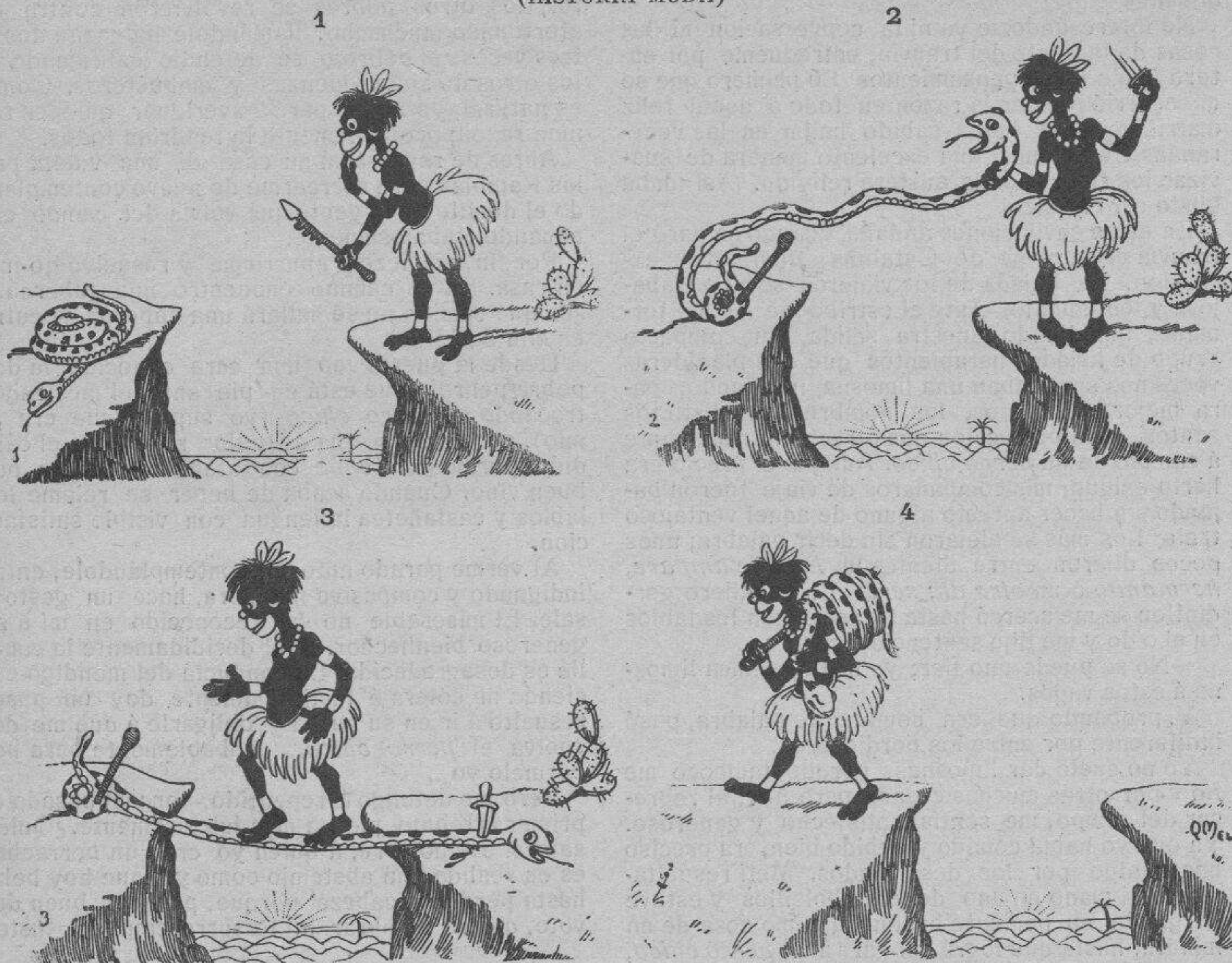
Pascua de Resurreccion de 1906.



Erupcion constante del Vesubio en España.

¡Hay que ingeniarse!

(HISTORIA MUDA)



El caso del profesor Krause

Pocos recuerdan el extraño caso del profesor Krause. El hecho ocurrió en el Liceo de X... cuando terminábamos el último curso.

Hacia dos días que habíamos enterrado al sabio maestro. Circunstancias realmente extraordinarias rodearon la muerte del profesor que durante quince años dió su curso en el Liceo, y cuyas extrañas investigaciones tuvieron repercusión en el mundo científico.

No se habrán olvidado, sin duda, sus extraordinarias experiencias sobre la transfusión de la sangre, los maravillosos casos de transmisión de instintos, "cambios de la personalidad", como él los llamaba, por medio de un descubrimiento del que solo nos ha legado una explicación ambigua en sus célebres *Comentarios á la introducción de Claudio Bernard*. El experimento consistía en extraer toda la sangre del árbol circulatorio de un animal cualquiera sometido al sueño cataléptico y reemplazarla con un líquido electrizado á alta tensión, que sostenía la vida fisiológica en toda su integridad durante algunas horas. Luego se reducía el líquido, y en su lugar se inyectaba la sangre del animal cuyos instintos querían inocularse. Algunas veces se acusaba al profesor Krause de haber hecho experiencias peligrosas con enfermos de su clínica y aun se le atribuía la muerte de un hombre que falleció después de un violento ataque de demencia.

Estas experiencias le alejaban del trato de las sencillas gentes de X..., que es una pequeña ciudad de aspecto adusto y monacal.

El doctor Krause fué hallado en su laboratorio, tendido sobre el pavimento. Sobre la mesa de experimentación una poderosa bobina de inducción accio-

nada por una batería producía con el interruptor un rumor sordo y continuo. El profesor conservaba en la mano izquierda uno de los reóforos del carrete; el otro se halló aplicado á un pequeño voltámetro lleno de un líquido dorado, semejante á la solución de bicromato. En el brazo derecho hallóse una profunda incisión y una arteria picada por donde, sin duda, había escapado la sangre, pues no quedaba una gota de ella en el cadáver.

Muchas horas después de estar rígido y frío, el corazón se contraía y se advirtió con sorpresa que las pupilas del cadáver eran sensibles á la acción de la luz y que en los músculos de las extremidades persistían pequeñas contracciones nerviosas.

Se atribuyó la catástrofe á un descuido del profesor, que sin querer, cerró con su cuerpo el circuito, y se dió por causa de la falta de sangre en el cadáver uno de esos raros fenómenos producidos por la electricidad á altas tensiones que nadie ha explicado todavía.

Por lo demás, muchas gentes de X... se alegraron de que aquel hombre que no temía á Dios hubiera desaparecido, y costó trabajo que le dieran sepultura cristiana.

Aquella noche nos hallábamos reunidos en el dormitorio todos los del último curso. Hacia dos días que habíamos enterrado al profesor. Hablábamos de espiritismo y cada uno narraba casos en que había tenido intervención. Zacarías, un jovencito flaco y desgarrado, acababa de contar una historia terrorífica, cuando percibimos un golpecito dado en los cristales de la ventana, como si una mano llamara desde afuera.

Nos miramos; estábamos pálidos y en todos se no-

taba esa trepidacion nerviosa que produce la narracion de hechos sobrenaturales. Sentíamos el miedo no confesado, que dilata las pupilas y hace temblar involuntariamente las manos.

Permanecemos mudos y suspensos. Un crujido que venía de afuera, tal vez del corredor, nos hizo estremecer. Luego oímos distintamente un suspiro. El gran reloj de péndulo dió pausadamente doce campanadas.

—¿Quién anda ahí?—preguntó uno.

Nadie respondió.

—Vamos—dijo Zacarías incorporándose y salimos afuera.

El largo corredor estaba oscuro. El eco devolvió el ruido de nuestros pasos. La soledad y el silencio producían en nuestros oídos ese zumbido semejante al ruido del mar.

Al principio esperamos tiritando. En el corredor no se percibía el menor ruido; sin embargo, estábamos sobrecogidos y esperábamos algo sobrenatural.

El reloj del gabinete dió el cuarto. Oímos un suspiro prolongado y triste. Esperamos ansiosos; nuevamente dejése oír el suspiro, más próximo, y aterrados, apretados contra la pared, castañeteando los dientes, vimos avanzar por el corredor una sombra envuelta en un vago resplandor sideral. El fantasma se detuvo, suspiró otra vez casi convulsivamente y, volviéndose, penetró en el laboratorio. El corredor volvió á quedar negro como un pozo; solo de la puerta abierta del laboratorio brotaba una claridad difusa.

—Vamos—murmuró Zacarías, y todos avanzamos hasta llegar á la puerta.

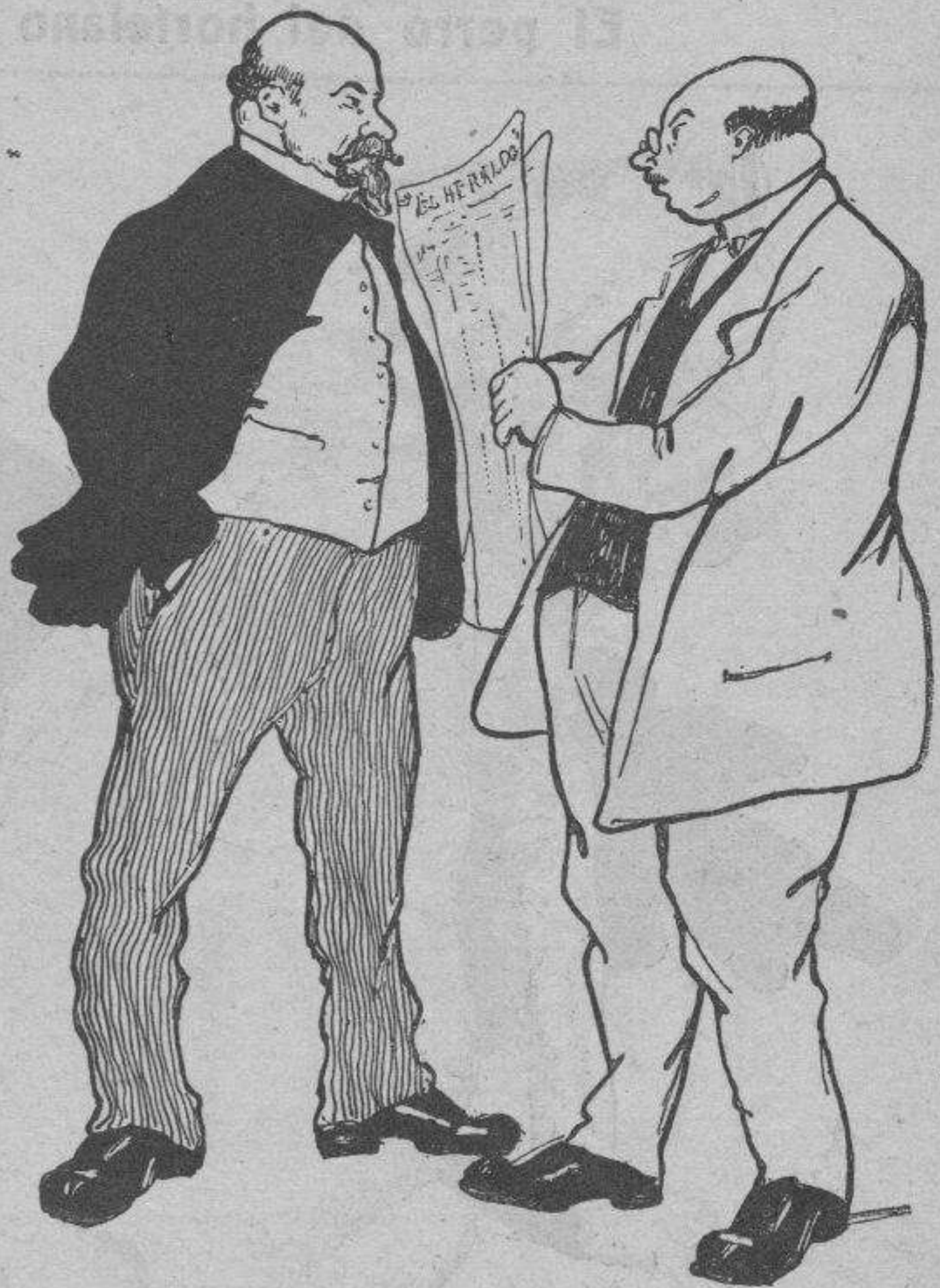
El profesor se hallaba allí, de pie, ante la mesa de experimentos. El laboratorio estaba á oscuras y, sin embargo, todos veíamos al profesor. Su rostro tenía el color del marfil viejo; sus manos afiladas parecían de cera; un halo luminoso envolvía su cuerpo. Sus manos sostenían una pequeña redoma llena de un líquido rojo que brillaba como un rubí. El profesor la aproximó á sus labios y apuró el contenido. A medida que bebía, el resplandor se hacía más vago; el halo que rodeaba al fantasma se extinguió.

—¡Maestro!—grito Zacarías.

El reloj dió la una. Encendimos luz y no había nadie. Registramos los rincones, recorrimos el edificio y revisamos los cerrojos de puertas y ventanas, sin resultado.

La Prensa se hizo eco de la extraña desaparicion del cadáver del profesor Krause. El nicho se encontró abierto, el ataúd vacío y la tapa saltada.

Muchas gentes del lugar vieron en ese hecho un



—¿Pero usted no lee lo del Vesubio?

—Estoy esperando á que llegue la lava á la Plaza de Cataluña. Entre tanto... me coje un poco lejos.

castigo divino, otras simplemente una profanacion sacrilega; solo nosotros dudamos todavia si aquel fantasma fué una alucinacion colectiva provocada por el terror ó la realidad de un extraño fenómeno, cuyo recuerdo no olvidaremos jamás.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.



Los guardias municipales, formados en peloton, las iglesias principales, visitaron muy formales demostrando devocion.

Porque, aunque sus sentimientos no fueran muy religiosos, mostráronse muy contentos visitando monumentos.

¡Oh! ¡Qué tiempos más dichosos! Hay que obligar á creer de buena ó de mala gana. Si para eso no ha de ser, ¿para qué hemos de tener mayoría republicana?

El Heraldo ha gritado **
"¡Liberales, á defenderse!,

Y nosotros preguntamos: ¿De quién? ¿De Canalejas...?

En Chicago hay una señora, llamada Florence King, que de criada de servir ha pasado á ser una abogada famosa.

En cambio entre nosotros muchos abogados pasan á criados de servir.

¡Oh la raza latina!

Succi de nuevo se ha presentado y á Barcelona viene á ayunar.

¡Aquí, que tanta gente ha ayunado y está ayunando y ha de ayunar!...

Ya no se asombra de eso ninguno.

Eso no tiene nada que ver.

Ya no es milagro lo del ayuno.

¡El gran milagro ahora es comer!

El perro del hortelano



¡Guau! ¡Guau!

Tan solo algunos de que haya gentes
que no se atraquen se asombrarán.
Los que á diario mueven los dientes.
Los concejales. ¡Esos serán!

Dijo Roman, nes que venía á trabajar á Barce-
lona.

¡Qué influencia tiene el medio ambiente!

Apenas pensó en venir á esta tierra, pensó en tra-
bajar.

Y eso que en su vida ha sabido lo que es eso.

Pero, en fin, menos mal que, por lo visto, se arre-
piente y hace propósito de enmienda.

A pesar de que yo no me fío.

Porque ya saben ustedes aquello de la copla:

No me compres mula coja
pensando que sanará.

Si la que es sana se encoja,
la que ya es coja ¿qué hará?

Es digno de un Gobierno á la española
dar la razon á tios y troyanos,
y, despues de la ruda batahola,
instruir diez sumarios inhumanos...
para decir, al fin de la jornada,
que todo seguirá del mismo modo,
y que aquí no ha pasado casi nada...
ó que puede pasar realmente todo.

Aseguran los sabios que es posible que tambien á
los españoles nos toque algo de las cenizas del Ve-
subio.

Pues ¡estamos frescos!

¿Tambien polvo del Vesubio?
¡Es ya mucho polvo!
Está visto que entre todos
nos van á poner á parir

Hace varios días que *Azorin*
está en Barcelona.

Y una prueba de su presen-
cia es la escasez terrible que
se nota de *adverbios* y *plu-
rales*.

Manías de filósofos *pequeños*.

Un vendedor de periódicos
la otra mañana en la Rambla.

—¡Lo que se comen los curas!
¡A diez céntimos! gritaba.

Pasó por el mismo sitio

una morena muy guapa
de curvas escandalosas
y de ardorosa mirada
y el chico de los folletos
gritó con toda su alma:

—¡Lo que se comen los curas!
y soltó una carcajada.

Pasó luego un dependiente
con cestas, lios y cajas
en que llevaba capones,
quesos, jamon, butifarra,
todo bueno y capaz todo
de abrir á un harto las ganas.

—¡Lo que se comen los curas!
gritó el muchacho con ansia,
y la gente sonreía
y la gente murmuraba.

Pero acertó á pasar luego
una pobrecita anciana
con un platito pequeño
de *monjetas* remojadas
y el chico dijo guardando
su mercancía con rabia:

—¡Ahora sí que no pregonó
porque no me da la gana!

En este mundo hay una cosa sola
que no puedo sufrir y que me carga
y es que use Figuerola
la cabellera larga.

Porque, sin discusion, salta á la vista
que Figuerola nunca ha sido artista;
y, aunque es verdad que tiene los cabellos
muy lisos y muy negros y muy bellos,
como sería imprudencia
creer que sea signo de su independecia,
yo me estrujo la *chola*
queriendo averiguar
por qué no ha de quererse al fin pelar,
por qué usa el pelo largo Figuerola.



Problema aritmético con premio de libros

Un comerciante vendió cuatro objetos en 295'50
duros. En el primero ganó un tanto por ciento igual
al número de duros que le costó; en el segundo per-
dió un tanto por ciento igual á la mitad de su coste;
en el tercero ganó un tanto por ciento igual á los
2/3 de los duros que le costó, y en el cuarto no ganó

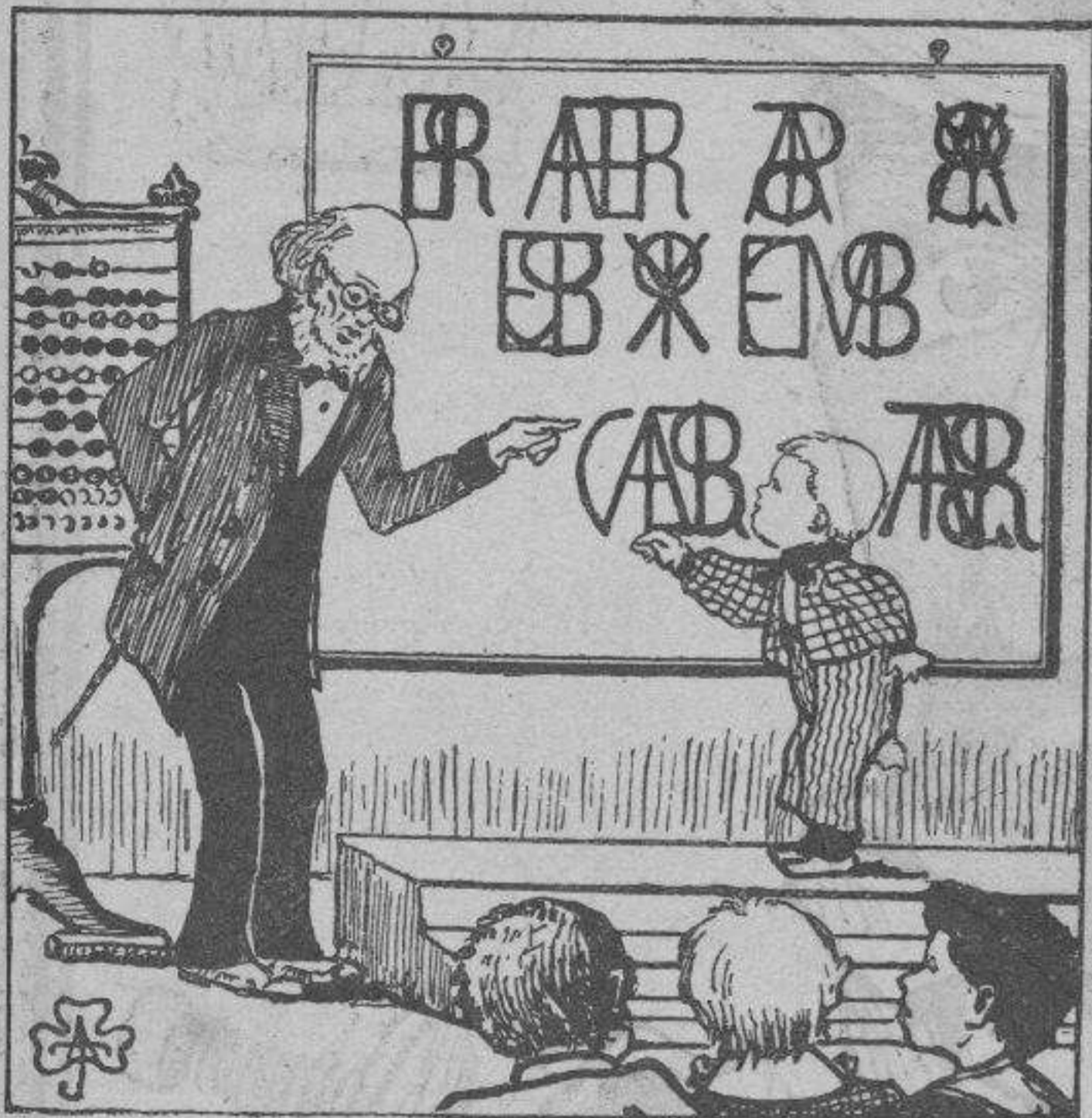
ni perdió nada, pues lo vendió por la misma cantidad que lo había comprado.

Si en lugar de ganar en el primer objeto hubiese perdido un tanto por ciento igual á lo que le costó, y en el tercero hubiera perdido tambien un tanto por ciento igual á los 2/3 de su coste, pero hubiese ganado en el segundo un tanto por ciento igual al doble de lo que le costó, entonces habría sacado de la venta de los cuatro objetos 184 duros.

El coste del segundo objeto y del tercero excedió al del primero y cuarto en 10 duros y el tercero costó una cantidad que era igual á la que costó el primero, segundo y cuarto, despues de rebajar esta cantidad en 50 duros.

¿Cuánto costó cada uno de los objetos, en cuánto se vendió cada uno de ellos y cuánto ganó ó perdió el comerciante en la venta?

Rompe-cabezas con premio de libros



A ver quién descifra esos monogramas. Los de la primera línea expresan cuatro nombres zoológicos; los de la segunda tres personajes de universal notoriedad, y los de la tercera dos famosas ciudades.

CHARADA EN ACCION



CHARADAS

(De Isabel Montserrat)

Una vocal mi primera,
mi segunda es musical,
enredo ó bulto tercera,
nombre de varon total.

(De Manuel Garcia)

Primera segunda
es poblacion,
animal tres cuarta,
todo embarcacion.

(De P. de Loras)

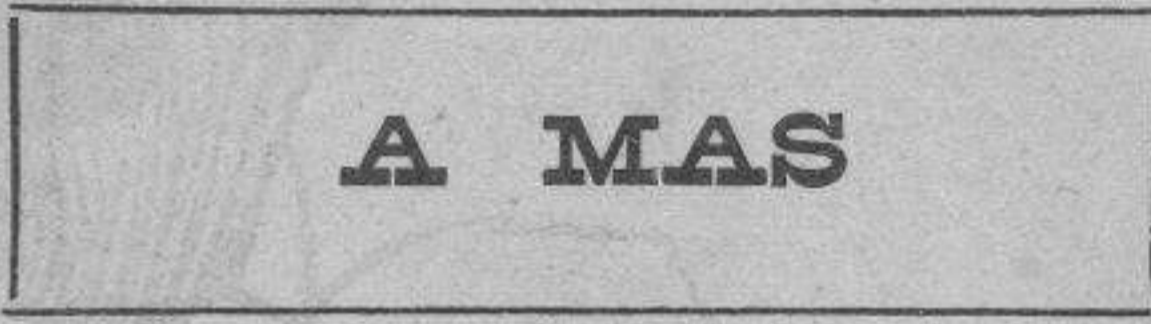
Si del todo estás enfermo
segunda tres cuarta tres,
y si una dos no te cura
¡ya estás apañado, Andrés!

JEROGLÍFICO



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

(De Luisa Guarro Mas)



SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 7 de Abril.)

A LA CHARADA

Timoteo

A LA TARJETA JEROGLÍFICA

Amanda Perales Diez.—Caravaca

Han remitido soluciones:

A la charada: Tomasa Llusanés, Lucía Minguell, Mariano Ponce Díaz, Manuel Torroxa, José Sils, Miguel Vidriol, «Dos estudiantes» y «Un charadista».

A la tarjeta jeroglífica: Emilia Jaime, Carmen Llobet, Lucía Minguell, Tomasa Llusanés, Juan del Río, Mariano Ponce Díaz, Francisco Ubeda Pineda, José Llobet, Emilio García, Valentín Soler, Jaime Franci, Miguel Sistachs, Leoncio Perez Avalos, Manuel Torroxa, «Un vendedor ambulante», «Sisquet», P. R., «Dos estudiantes» y «Un cómico del Paralelo».

ANUNCIOS

LICOR DEL POLO

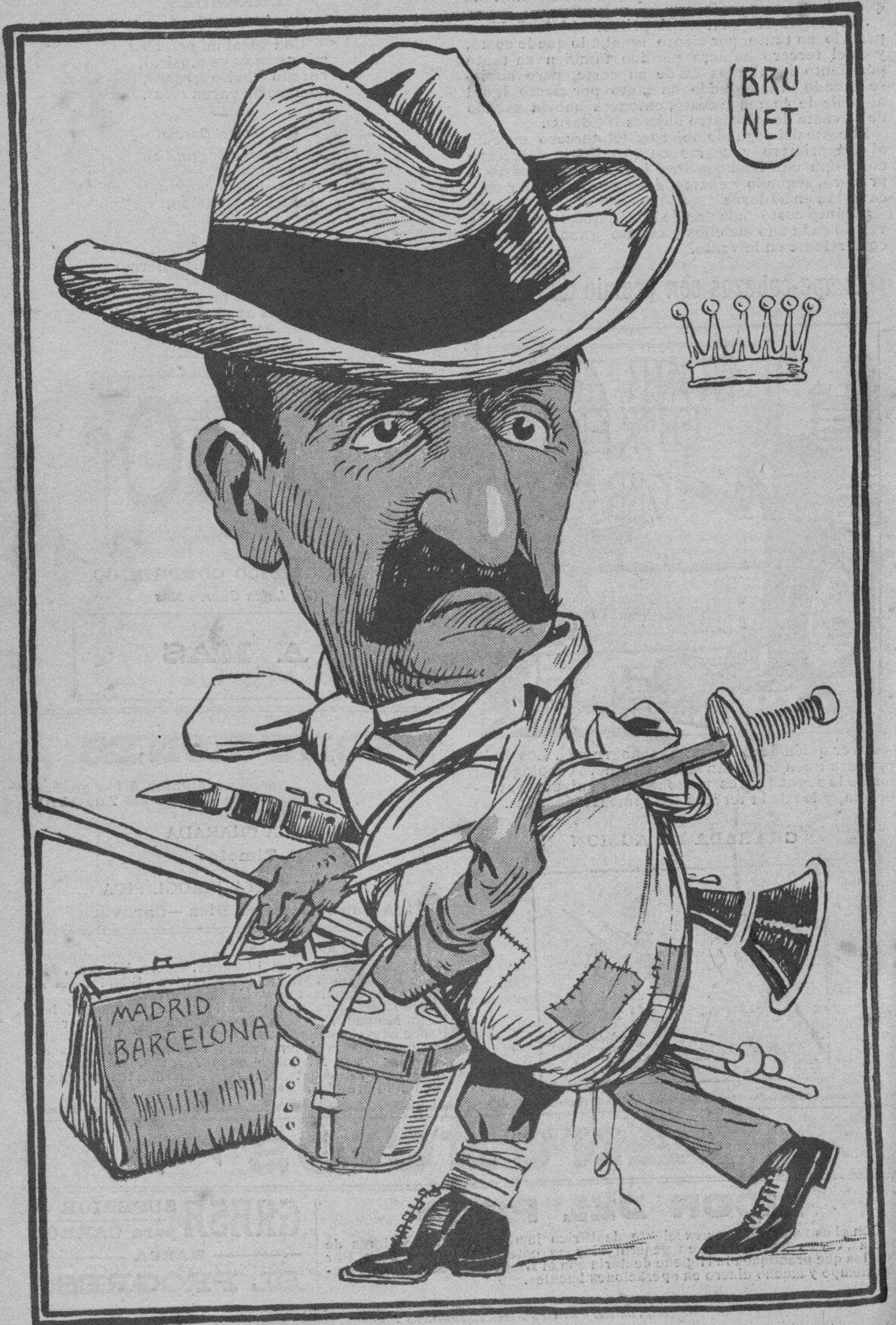
Con el uso diario de tan excelente dentífrico jamás se sufren dolores de muelas, caries dentarias y en general ninguna enfermedad de la boca. Por esto los que practiquen la Higiene dentaria con el Licor del Polo ahorran mucho tiempo y mucho dinero en operaciones bucales.

GRASA SUPERIOR para CARROS

MARCA

EL PROGRESO

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 8 bis, bajo.



I COMICI TRONATI

Variando de teatro
ó variando de empresa,

mi oficio es el mejor siempre.
¡Qué grato es hacer comedias!